

Fr. Antonio Royo Martín. O. P.

AMARAS AL SEÑOR TU DIOS

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003 - Sevilla

Con licencia eclesiástica

Depósito Legal B.11.757-1987

ISBN: 84-7656-046-X

Printed in Spain

Impreso en España

Gráficas Bisani - Mora la Nueva, 11 - Barcelona

INTRODUCCION

Refiere el Evangelio que, en cierta ocasión, los escribas y fariseos preguntaron a Jesús cuál era el mayor y más importante mandamiento de la ley de Dios.

La pregunta no podía ser más interesante y oportuna. Porque los hombres habían complicado las cosas de tal suerte que las discusiones rabínicas sobre la diversa importancia de los mandamientos eran interminables y difícilmente se ponían de acuerdo. Se distinguían ordinariamente nada menos que 613 preceptos, de los cuales 248 eran positivos y 365 negativos. En las largas listas que de ellos se elaboraban, a unos se los calificaba de graves y a otros de leves. Pero nadie se atrevía a decir cuál de ellos era el mayor y más importante de todos.

La respuesta definitiva de Nuestro Señor Jesucristo la traen dos evangelistas: San Mateo y San Marcos. Escuchemos los respectivos relatos evangélicos:

SAN MATEO: «Los fariseos, al enterarse de que había tapado la boca a los saduceos, se reunieron en grupo, y uno de ellos le preguntó con ánimo de ponerle a prueba: Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley? El le dijo: *Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente.* Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas.» (Mt. 22 34-40).

SAN MARCOS: «Acercóse uno de los escribas que les había oído discutir y, viendo que les había respondido

muy bien, le preguntó: ¿Cuál es el primero de todos los mandamientos? Jesús le respondió: El primero es: *Escucha Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor, y amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.* El segundo es: *Amarás tu prójimo como a ti mismo.* No existe otro mandamiento mayor que éstos.» (Mc. 12, 28-31).

Como se ve, la respuesta de Jesucristo a la pregunta de los escribas y fariseos no podía ser más rotunda y definitiva. En adelante, ya no serían posibles las discusiones para todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios y el Maestro supremo de toda la humanidad. El amor a Dios, llevado hasta la máxima intensidad psicológica posible, es y será siempre el primero y el más grande mandamiento de la Ley de Dios. Y el amor al prójimo, con ser importantísimo, ocupará para siempre el segundo lugar *semejante al primero*. ¿Semejante?: luego *distinto*. Jamás el amor al prójimo puede pasar a ocupar el primer lugar, que corresponde única y exclusivamente al amor a Dios. Lo vertical, está y estará siempre por encima de lo horizontal, aunque modernamente se insiste quizá demasiado en el amor al prójimo y demasiado poco en el amor a Dios.

Este estado de cosas nos ha movido a escribir unas páginas, sencillas y al alcance de todos, sobre el primero y más grande de todos los mandamientos: el amor a Dios. Y vamos a dividir nuestro pequeño estudio en dos partes fundamentales de orientación eminentemente práctica:

PRIMERA: Motivos del amor a Dios.

SEGUNDA: Práctica del amor a Dios.

PRIMERA PARTE

MOTIVOS DEL AMOR A DIOS

En esta primera parte expondremos algunos de los *motivos* más importantes que deben impulsar al hombre a amar a Dios «con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas», como prescribe el primero y más grande de todos los mandamientos de la Ley de Dios. Los principales motivos son los siguientes:

1. La infinita bondad de Dios.
2. El amor infinito con que Dios nos ama.
3. Los beneficios naturales que de Él hemos recibido.
4. Los beneficios sobrenaturales en general.
5. Las gracias particulares de que nos ha colmado.
6. La futura gloria eterna.

He aquí la exposición detallada de cada uno de ellos.

1.º LA INFINITA BONDAD DE DIOS

El motivo más importante y fundamental del amor a Dios, incomparablemente superior a todos los demás, es su propia e infinita bondad considerada en sí misma. Un sencillo razonamiento filosófico basta para dejarlo completamente demostrado. Helo aquí en forma de irrebatible silogismo:

El objeto de la voluntad es el *bien*, o sea, la *bondad* que descubrimos en el objeto amado.

Pero Dios es el *Bien infinito*, o sea, la *Bondad infinita* y por esencia.

Luego Dios es infinitamente amable o digno de ser amado por sí mismo.

La premisa mayor de este silogismo es evidente y no necesita demostración. En efecto: como es sabido, el objeto de la voluntad, cuyo acto propio es el amor, es el *bien*, real o aparente, que descubrimos en el objeto amado. Así como el entendimiento tiene por objeto la verdad, la vista, el color y el oído, el sonido, el objeto propio de la voluntad es el *bien*, real o aparente, que descubrimos en el objeto amado. Tan imposible es que la voluntad ame alguna cosa que no tenga para ella razón de *bien* (real o aparente, pero sinceramente concebido como *bien*) como que el oído perciba colores o la vista sonidos. Ninguna potencia puede salir fuera del campo a que la determina naturalmente su propia y esencial operación.

La premisa menor, o sea, que Dios es el Bien infinito, la Bondad infinita y por esencia es, también, cosa clara y absolutamente indiscutible. Y lo es en el triple aspecto en que puede considerarse la bondad: *esencialmente, moralmente y benéficamente*. He aquí las pruebas:

a) Dios es infinitamente Bueno,, la Bondad infinita por su propia esencia

En efecto: el nombre más propio y característico de Dios es el que se dio a sí mismo al contestar a Moisés que le preguntaba por su nombre: «Yo soy el que soy» (Ex. 3, 14). Esa expresión, en su sentido metafísico, significa el *Ser subsistente*, la plenitud absoluta e infinita del *Ser*. Y como el *ser* en cuanto tal se identifica transcendental con el *bien* (1), hay que concluir lógicamente que el *sumo Ser* es, precisamente por serlo, el *sumo Bien*, o sea, la *suma Bondad* infinita y por esencia.

b) Dios es infinitamente Bueno con Bondad moral, o sea, infinitamente santo en sí mismo

La Sagrada Escritura está llena de textos alusivos a la santidad infinita de Dios: «Sed santos, porque santo soy yo, Yavé, vuestro Dios» (Lev. 19, 3). «Santo, santo, santo, Yavé Sebaot. Toda la tierra está llena de su gloria» (Is. 6, 3). «Porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso, cuyo

(1) Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, 5, 1.

nombre es santo» (Lc. 1, 49), etc., etc. La razón es porque la santidad consiste precisamente en el amor a Dios, como elemento positivo, y en el odio al pecado, como elemento negativo. Ahora bien: como Dios es la plenitud de la perfección y el fundamento de la rectitud moral, al amarse a sí mismo, ama necesariamente la rectitud fundamental y, por lo mismo, odia infinitamente al pecado. Luego Dios es infinitamente santo por su propia esencia, siendo la razón de su infinita bondad y santidad el amor con que se ama infinitamente a sí mismo.

c) Dios es infinitamente Bueno con Bondad moral, o sea, infinitamente bienhechor de todas sus criaturas

Toda la Biblia es una manifestación impresionante e ininterrumpida de los beneficios que Dios ha derramado a manos llenas sobre todas sus criaturas. Imposible, dada su abundancia, citar los innumerables textos.

La filosofía enseña que el bien es difusivo de sí mismo. Dios, sumo Bien, ha de ser, por consiguiente, sumamente difusivo. El Concilio Vaticano I proclamó esta verdad al decir que «este solo verdadero Dios, por su bondad y virtud omnipotente, no para aumentar su bienaventuranza ni para adquirirla, sino para manifestar su perfección por los bienes que reparte a la criatura, con libérrimo designio, juntamente desde el principio del tiempo, creó de la nada a una y otra criatura, la espiritual y la corporal, esto es, la

angélica y la mundana, y luego la humana, como común, constituida de espíritu y cuerpo» (2).

Comentando esta bondad benefactora de Dios, escribe el piadosísimo fray Diego de Estella: (3)

«Nace el sol para los buenos y malos y envías el agua sobre los justos e injustos. No desechaste al ladrón que te llamó en la cruz, no despreciaste a la mujer pecadora que te buscó en casa del fariseo, no te escondiste de la adúltera que te presentaron en el templo y no te desdñabas a recibir a los pecadores y comer con ellos, no obstante las murmuraciones de los fariseos. No eras aceptador de persona, ni llegó a ti algún pecador, por grande que fuese, que no hallase esas entrañas de amor para su remedio abiertas. Aquéllos, Señor, se quejen de ti y de tu soberana bondad, que, buscándote en sus tribulaciones y trabajos, no hallaron en ti blando y benigno padre para socorrerlos y ayudarlos. ¡Oh, cuán ancha y extendida es ésta tu bondad, clementísimo Señor, pues abrazas al pobre y al esclavo y siervo vil y miserable y mezquino pecador, así como al grande poderoso y rico y como al que está muy adelante en tus servicios!»

¡La infinita Bondad de Dios en sí misma! He ahí el primero, el más importante y fundamental motivo que el hombre ha de considerar para amar al Señor su Dios «con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas» como prescribe el primero y más grande de todos los mandamientos de la Ley de Dios.

(2) DENZINGER, 1783.

(3) FR. DIEGO DE ESTELLA, *Meditaciones del amor de Dios*, medit. 4.^a.

2.º EL AMOR INFINITO CON QUE DIOS NOS AMA

Otro de los más poderosos motivos para excitar en nosotros el amor a Dios hasta la locura es la consideración del amor infinito con que Dios nos ama, por aquello de que «nobleza obliga» y «amor con amor se paga».

Dios nos ama con amor infinito a cada uno de nosotros en particular, como si en el mundo entero no hubiera más que una sola persona y esa fuera yo: «Me amó y se entregó a la muerte por mí» exclamaba enamorado San Pablo (Gal. 2, 20), y eso mismo podemos repetir cada uno de los redimidos con su preciosa sangre. Y nos ama hasta el punto de que quiso que su Hijo unigénito asumiera nuestra naturaleza humana, nos instruyera con su palabra y ejemplo, satisficiera por nuestros delitos y sufriera la muerte por nosotros. «De tal manera amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito» (Jn. 3, 16). No parece que Dios pueda amar a una criatura más de lo que de hecho ama al hombre. Verdaderamente «nos amó hasta el fin» (Jn. 13, 1), esto es, hasta el extremo, hasta el exceso, hasta no poder más.

A este propósito escribe con mucho acierto monseñor Sauvé (4):

«Un amor admirable veló sobre nosotros desde nuestro nacimiento: el amor maternal. Recordar la historia

(4) MONS. CARLOS SAUVÉ, *Jesús íntimo*, elev. 7.ª, 2.º ed. (Barcelona, 1926), p. 307-310.

de este afecto puro, constante y profundo como ningún otro entre todos los afectos humanos, es cosa muy grata para un corazón bien nacido. Pero más grato le es todavía remontarse en la historia del amor de Jesús. El amor maternal, por muy solícito que haya sido, no es muy antiguo, existe no más que desde hace algunos años; el amor de Jesús data de cerca de dos mil años, se remonta al Calvario, a la Cena, a Nazaret, a Belén, al primer instante de la Encarnación. Su corazón palpitó de amor hacia nosotros al mismo tiempo que hacia su Padre, ya al latir por primera vez sobre el corazón de María. Desde el Calvario, desde Nazaret, desde el seno de María, el amor de Jesús se dirigió con ternura hacia mi pobre alma. ¡Cómo pensar en tal misterio sin sentirme penetrado de amor!

Y no es éste todavía el misterio más conmovedor: el amor creado de Jesús tuvo comienzo. Hace unos cuantos miles de años no existía aún. Yo adoro en ese corazón otro amor que data desde la eternidad. Cuando el Verbo principió a ser, principió a amarme. Mas, si es una blasfemia hablar de comienzo en lo que toca a su existencia, lo sería también en lo que mira a su amor. Así, pues, desde toda la eternidad, el amor infinito de Jesús se ha venido dirigiendo a mí. A mí, lo mismo que a su pueblo, se dirige esta frase tan tierna: «Te he amado con un amor eterno: *in caritate perpetua dilexi te* Jer 31,3). Sí, de igual manera que su corazón humano ya desde el seno de María se dirigió hacia mí, su Corazón increado, me amó desde su eterna generación en el seno del Padre.

He aquí, pues, con qué perpetuo amor, ¡oh Jesús!, me habéis amado. ¿Y yo? ¿Hace ya mucho tiempo que os amo? Después del prolongado sueño de la infancia, durante el cual vuestro amor eterno, el Espíritu Santo, reposaba en estado latente en mi alma, poco tardaron en poner en mis labios vuestro nombre tan dulce; pero,

¿mi corazón se penetró acaso de esa palabra? ¿Cómo es posible que pueda pensar sin lágrimas en las grandes dilaciones, si no es ya en las traiciones, de mi amor? La humildad y las lágrimas, esta es la primera respuesta que vuestro amor tan antiguo, eterno, exige de mí.

Otra hay además: es que os ame, por fin, de verdad; es la de no desperdiciar ni una hora; es la de duplicar, por medio del amor, cada día que me concedéis para amaros. La vida pasa, el tiempo del amor meritorio se habrá acabado pronto, y sé que será el amor quien nos designará nuestro lugar en el cielo; que el amor eterno corresponderá al amor que habré concebido hacia vos durante esta vida».

3.º LOS BENEFICIOS NATURALES QUE HEMOS RECIBIDO DE DIOS

Los beneficios recibidos de un generoso bienhechor es indudable que excitan la gratitud y el amor del beneficiado, sobre todo si aquellos beneficios han sido otorgados de una manera enteramente gratuita y como expresión del afecto que nos profesa nuestro espléndido y generoso bienhechor. Ahora bien: no hay bienhechor alguno que pueda compararse con Dios en esplendidez y generosidad y no es posible imaginar ninguna suerte de beneficios que se acerquen, ni con mucho, a los que de Él hemos recibido. Vamos a recordar en este apartado los de orden puramente natural, dejando para el siguiente los relativos a la gracia y a la gloria que son estrictamente sobrenaturales, y valen infinitamente más.

Los beneficios de orden natural que hemos re-

cibido de Dios pueden reducirse a estos cuatro fundamentales: creación, conservación, providencia y gobernación. Vamos a estudiarlos brevemente a la luz de la teología católica.

a) La creación

Recordemos los siguientes principios fundamentales de teología dogmática:

1.º Crear es producir una cosa de la nada, o sea, sin utilizar ninguna materia preexistente (5). El artista que transforma un pedazo de madera o de mármol en una estatua, no *crea*, propiamente hablando, aquella obra de arte, sino que se limita a transformar artísticamente una materia preexistente. El punto de partida de la creación es la nada. Sólo Dios puede crear, ya que el tránsito de la nada al ser requiere una potencia infinita que realice el acto creador, y sólo Dios posee un poder infinito.

2.º Dios crea libérrimamente, sin que haya dentro o fuera de Él alguna razón que le obligue a realizar el acto creador. La creación es efecto puro y simple de su omnímoda libertad y liberalidad (6).

3.º Al realizar el acto creador, Dios intenta en primer lugar la manifestación externa de su propia gloria (7). Ningún fin extrínseco a Dios puede ser la causa determinante del acto creador. Porque, si Dios intentara con su acción crea-

(5) I, 45, 1.

(6) Denz. 1783.

(7) Denz. 1805.

dora un fin distinto de sí mismo, subordinaría su acción a ese fin, como todo agente subordina la suya al fin que intenta conseguir; y como la acción de Dios se identifica con su propia esencia divina —ya que en Él no se distinguen la esencia de la existencia, ni el ser del obrar— síguese que se subordinaría a ese fin el mismo Dios, y, por lo mismo, ese fin estaría por encima de Dios, lo cual es absurdo y contradictorio: Dios dejaría de ser Dios. La finalidad primaria de la creación no puede ser otra, por consiguiente, que la manifestación externa de la gloria de Dios.

4.º Sin embargo, la creación no supone en modo alguno un «egoísmo transcendental en Dios» —como se atrevió a decir con blasfema ignorancia un escritor impío— sino que es el colmo de la liberalidad y generosidad infinita de Dios. Porque el fin que Dios se propuso al crear no fue la adquisición o aumento de su bienaventuranza —ya que es infinitamente feliz en sí mismo y nada absolutamente pueden darle o añadirle las criaturas—, sino la manifestación de sus infinitas perfecciones por los bienes inmensos que comunica a las criaturas a impulsos de su espléndida liberalidad e infinito amor. *Dios encuentra su gloria haciéndonos felices a nosotros.* (8).

5.º Dios no creó ni crea todos los seres posibles que podrían venir a la existencia, sino únicamente los que Él quiere a impulsos de su infinita sabiduría e infinito amor. Entre la serie infi-

(8) I, 65, 2; cf. Denz. 1783.

nita de seres *posibles* —que conoce perfectamente con su inteligencia infinita (9)— escoge libérrimamente los que Él quiere y les comunica la existencia real por el acto creador (10). Cada uno de los seres actualmente existentes puede decirse a sí mismo: «Dios me *escogió* entre millones y millones de seres posibles que jamás vendrán a la existencia».

6.º No importa que Dios se haya valido de instrumentos creados (los propios padres) para traer al mundo a una persona humana. Su existencia, como tal persona humana, se debe a la libre y omnímoda voluntad de Dios, que ha dado la fecundidad a los padres para la generación del cuerpo y ha creado directamente el alma sacándola de la nada e infundiéndola en el cuerpo (11).

7.º Por consiguiente, todos y cada uno de nosotros existe porque Dios ha querido —porque Dios *nos ha querido*, diríamos mejor—, siendo nuestra existencia natural el primero de los beneficios recibidos de Dios y la base y fundamento de todos los demás. He aquí un motivo inmenso de gratitud y de amor a Dios, autor de nuestra existencia por un acto de libérrima elección y de amor infinito y eterno.

8.º Todas las criaturas que han salido de las manos de Dios pueden agruparse en cinco grandes escalas: minerales, vegetales, animales, hombres y ángeles. Aunque la naturaleza angélica es,

(9) I, 14, 9 y 12.

(10) I, 14, 8: Si la ciencia de Dios es causa de las cosas; y I, 19, 4: Si la voluntad de Dios es causa de las cosas.

(11) I, 90, 1-4.

de suyo, superior y más perfecta que la humana, el hombre tiene la prerrogativa de ser un resumen y compendio de toda la creación, un verdadero *microcosmos*; pues, como dice hermosamente San Gregorio «el hombre *existe* como los minerales, *vive* como los vegetales, *siente* como los animales y *entiende* como los ángeles» (12).

9.º El hombre no es un ángel, no posee la naturaleza angélica. Pero, en cierto modo, su dignidad humana es superior a la de los mismos ángeles, ya que el Hijo de Dios, el Verbo eterno, quiso hacerse hombre —no ángel— elevando y ennobleciendo con ello la naturaleza humana mil veces por encima de los mismos ángeles. ¡He aquí un nuevo y emocionante motivo para amar inmensamente a Dios por haber recibido de Él la naturaleza humana que el mismo Dios quiso asumir hipostáticamente en la Persona Divina del Verbo!

b) La conservación en el ser

Al beneficio de la creación hay que añadir el de la *conservación en el ser*, que es una especie de creación continua en virtud de la cual subsisten todos los seres creados. Si Dios suspendiera un solo instante su acción conservadora de los seres creados, toda la creación desaparecería en absoluto, volviendo *ipso facto* a la nada.

La razón de esto es porque ningún ser creado tiene en sí mismo la razón de su existencia, ya

(12) SAN GREGORIO, *Homil. 29 super Evang.*: ML, 76, 1214.

que todos ellos son *seres por participación* y, por lo mismo, están en continua e incesante dependencia de la causa primera, que les comunicó el ser (13). De manera semejante a como la lámpara eléctrica se enciende al recibir la corriente que le envía la fábrica de electricidad, y permanece encendida mientras siga recibiendo la corriente y se apaga instantáneamente cuando deja de recibirla, así los seres creados están en continua e incesante dependencia de Dios que les dio el ser y se lo conserva incesantemente con su acción conservadora, que no se interrumpe jamás un solo instante. «Si Dios se durmiera un instante, despertaría sin cosas» (Gar Mar).

Es cierto, naturalmente, que Dios se vale de muchas causas segundas para conservar a otras en el ser (por ejemplo, la sal preserva a la carne de la corrupción), si bien es el mismo Dios quien conserva directa e inmediatamente a la causa superior de la que dependen todas las demás. Es como una cadena de causas subordinadas, cada uno de cuyos anillos sostiene la siguiente y todos ellos son sostenidos por el que tiene en sus manos el primer anillo (14).

Dios podría aniquilar la creación entera con solo suspender un instante su acción conservadora de la misma (15). Pero sabemos ciertamente, por la divina revelación, que no lo hará jamás:

«No volveré ya más a maldecir a la tierra por el

(13) I, 104, 1.

(14) I, 104, 2c y ad, 1, 2 y 3.

(15) I, 104, 3.

hombre... No volveré ya a exterminar cuanto vivo hice sobre la tierra» (Gen. 8,21).

«Conocí que cuanto hace Dios es permanente» (Eccl. 3,14).

«Pues amas todo cuanto existe y nada aborreces de lo que has hecho, que no por odio hiciste cosa alguna. Y ¿cómo podría subsistir nada si tú no quisieras o cómo podría conservarse sin ti?» (Sab. 11, 25-26).

La razón teológica encuentra el argumento confirmatorio en el hecho de que la aniquilación del universo no manifestaría perfección alguna divina, ni en el orden de la naturaleza ni en el de la gracia, porque equivaldría a una negación absoluta y total, que no dejaría ninguna huella tras de sí. «El poder y la bondad de Dios —escribe Santo Tomás— se manifiesta más claramente en el hecho de conservar las cosas en el ser. Se debe, pues, afirmar categóricamente que nada absolutamente se aniquilará» (16).

De esta doctrina se desprende claramente que Dios está presente en todo cuanto existe y *en lo más íntimo* de cada uno de los seres, dándoles continuamente *el ser* (17). Y está presente *por esencia* (*existiendo* entitativamente en todo), *por presencia* (*viéndolo* todo) y *por potencia* (*obrando* en todas las cosas) (17). En este sentido Dios está presente incluso en los condenados del infierno y en el mismísimo Satanás: si el Demonio existe es porque Dios está presente en él por esencia, presencia y potencia; si Dios se retirara de él, Satanás dejaría al punto de existir.

(16) I, 104, 4.

(17) I, 8, 1-4.

c) La divina providencia

He aquí otro gran motivo que debe impulsar al hombre a amar a Dios con todas sus fuerzas: la suavidad de la divina Providencia que se extiende permanentemente de uno a otro confín.

1. Es de fe que todas las cosas creadas, incluso las más pequeñas e insignificantes, están sometidas a la divina Providencia; y no sólo en general, sino cada una de ellas en particular.

He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Los textos son innumerables. En ellos se nos dice que la Providencia de Dios se extiende incluso a las aves del cielo (Mt. 6, 26), a los lirios del campo (Mt. 6, 28), al número de cabellos de nuestra cabeza (Mt. 10, 30), a las lluvias y pasto de los ganados (Sal. 147, 8-9), etc., etc. No puede descenderse a cosas más insignificantes ni a mayores particularidades. Nada absolutamente de cuanto existe se escapa de la Providencia de Dios, que lo ordena todo al fin del universo, que es la propia gloria de Dios y la manifestación de su infinita bondad a las criaturas.

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. El concilio Vaticano I definió solemnemente la existencia de la divina Providencia en la siguiente declaración dogmática:

«Todo lo que Dios creó, lo conserva y gobierna con su *providencia*, alcanzando de un confín a otro poderosamente y disponiéndolo todo suavemente (cf. Sab. 8,1).

Porque todo está desnudo y patente ante sus ojos. (Hebr. 4,13), aún lo que ha de acontecer por libre acción de las criaturas» (D. 1784).

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. La expone Santo Tomás en el siguiente clarísimo razonamiento (18):

«Es necesario decir que todos los seres están sujetos a la providencia divina, y no sólo en conjunto, sino también en particular. La razón es porque, como todo agente obra por un fin, la ordenación de los efectos al fin se extiende hasta donde se extiende la casualidad del primer Agente. El hecho de que en las obras de un agente cualquiera aparezcan cosas no ordenadas al fin, se debe a que tal efecto proviene de una causa distinta, ajena a la intención del agente (por ejemplo: el fuego no quema un madero mojado). Pero la casualidad de Dios, que es el primer Agente, se extiende en absoluto a todos los seres, y no sólo en cuanto a sus elementos específicos (por ejemplo: a todos los hombres en general), sino también en cuanto a sus principios individuales (v. gr., a Pedro, Juan, etc.), lo mismo si son corruptibles (v. gr. una flor, un animal) que si son incorruptibles (v. gr. el pensamiento o las acciones libres del hombre); por lo cual, *todo lo que de algún modo participa del ser, necesariamente ha de estar ordenado por Dios a un fin*. Si, pues, como hemos dicho, *la providencia es la razón del orden de las cosas al fin*, es necesario que, en la misma medida en que las cosas participan del ser, estén sujetas a la providencia divina.»

2. Dios provee inmediatamente a todas las cosas en cuanto al orden a su fin; pero en la ejecución de ese orden se vale de gran número de

(18) I, 22, 2. Los ejemplos entre paréntesis son nuestros.

causas segundas. Escuchemos a Santo Tomás (19):

«La providencia comprende dos cosas: la razón del *orden* de los seres a su fin, y la *ejecución* de este orden, que se llama «gobierno».

En cuanto a lo primero, Dios provee *inmediatamente* a todas las cosas, porque en su entendimiento tiene la razón de todas, incluso de las ínfimas, y porque a cuantas causas encomendó algún efecto las dotó de la actividad suficiente para producirlo, para lo cual es indispensable que de antemano conociese en su razón propia el orden de tales efectos.

En cuanto a lo segundo, la providencia divina se vale de *intermediarios*, pues gobierna los seres inferiores por medio de los superiores; pero no porque sea insuficiente su poder, sino porque es tanta su bondad, que comunica a las mismas criaturas la dignidad de causas».

Ya se entiende, naturalmente, que esta causalidad de las criaturas es una causalidad *segunda*, puesto que es una causalidad *intermedia*, única posible a las criaturas. De donde hay que concluir que incluso en el ejercicio de esta causalidad segunda, propia de las criaturas, *están todas ellas sometidas a la causalidad primera de Dios*, y, por tanto, que Dios actúa como causa primera en todas las actuaciones de las criaturas, sin que *mediata o inmediatamente* pueda desentenderse su divina providencia de nada absolutamente de cuanto ocurre o pueda ocurrir en el mundo.

3. La providencia general de Dios es absolutamente infalible; la particular, no siempre.

(19) I, 22, 3.

La razón de lo primero es porque la providencia *general* de Dios corresponde a la voluntad *consiguiente* de obtener el fin universal de la Creación, y a esa voluntad divina nada ni nadie absolutamente se le puede oponer. A esa voluntad *consiguiente* de Dios alude la Iglesia en una magnífica oración litúrgica: «¡Oh Dios, cuya providencia no falla nunca en sus disposiciones...» (20).

La razón de lo segundo es porque la providencia *particular* (v.gr. sobre Pedro o Juan) puede obedecer a una simple voluntad de Dios *antece-dente* (y en este caso puede fallar por defecto de la criatura permitido por Dios) o a una voluntad de Dios *consiguiente*, y en este caso no puede fallar porque no permitirá Dios que falle (como no falla nunca la divina predestinación que responde a la voluntad divina *consiguiente*).

d) La divina gobernación

El cuarto beneficio natural que recibimos continuamente de Dios es el que procede de su divina gobernación universal y particular.

Por *divina gobernación* se entiende en teología *la ejecución o realización en el tiempo del plan mental de la providencia concebido por Dios desde toda la eternidad* (21). Por la gobernación hace Dios *terminativamente* en el tiempo lo que *inicialmente* había planeado o concebido su providencia desde toda la eternidad. Es, sencillamente,

(20) Oración de la dominica IX del tiempo ordinario.

(21) I, 22, 3.

la ejecución del plan eterno de Dios sobre la Creación en general y sobre cada criatura en particular.

La Sagrada Escritura está llena de textos hermosísimos sobre la divina gobernación. Para deleite del lector recogemos unos pocos entre mil:

«Yo digo: mis designios se realizan, y cumplo toda mi voluntad... Como lo he dicho, así lo haré; lo he dispuesto y lo cumpliré» (Is. 46, 10-11).

«¿Quién podrá decir que una cosa sucede sin que la disponga el Señor?» (Thren 3, 37).

«Traza el corazón del hombre sus caminos, pero es Yavé quien dirige sus pasos». (Prov. 16, 9).

«Cuanto hacemos, eres tú quien para nosotros lo hace» (Is. 26, 12).

«Como está el barro en la mano del alfarero, así estáis vosotros en mi mano» (Jer. 18,6).

«El corazón del rey es arroyo de aguas en manos de Yavé, que El dirige a donde le place» (Prov. 21,1).

«Pero tu providencia, Padre, la gobierna, porque tú preparaste un camino en el mar y en las ondas senda segura» (Sab. 14,3).

«El da a todos la vida, el aliento y todas las cosas. El hizo de uno todo el linaje humano, para poblar toda la faz de la tierra. El fijó las estaciones y los confines de los pueblos, para que busquen a Dios y siquiera a tientas le hallen, que no está lejos de nosotros. porque en El vivimos y nos movemos y existimos» (Act. 17, 25-28).

Los textos podrían multiplicarse en gran abundancia. Apenas hay otra verdad tan repetida e inculcada en las sagradas páginas como la de la providencia y gobierno de Dios sobre los hom-

bres y sobre todas las cosas del mundo, aun las más insignificantes.

La divina gobernación —en efecto— se extiende absolutamente a todos los seres y a todo cuanto acontece en el mundo, por pequeño e insignificante que sea; pero con la diferencia de que Dios *produce* como Causa primera las cosas buenas y *permite* las malas (que producen las causas segundas) con el fin de obtener mayores bienes. No habría mártires si Dios no permitiera la malicia de los perseguidores de la fe.

Como ya dijimos al hablar de la divina providencia, Dios gobierna inmediatamente las cosas *en cuanto al plan* de la gobernación; pero *en cuanto a la ejecución* de ese mismo plan, Dios gobierna unas cosas mediante otras. Algunas cosas las hace Dios enteramente por sí mismo, sin asociarse ninguna causa segunda (v.gr., el hecho mismo de la *creación* sacando las cosas de la nada, o el *plan* de la divina gobernación); y otras, en cambio, las hace Dios *asociándose causas segundas*, pero continuando actuando Él como *Causa primera*, sin lo cual las causas segundas no podrían dar un solo paso (dejarían de ser causas *segundas*, lo cual es absurdo y contradictorio).

Nada absolutamente pueden intentar las criaturas contra el *orden universal* de la divina gobernación. El pecador, al quebrantar voluntariamente la ley de Dios, se sale del *orden particular* establecido *para él* en esa misma ley divina, y por eso es justamente castigado por Dios. Pero ni siquiera pecando voluntariamente puede sa-

lirse del *orden universal* establecido por Dios para todas las cosas; pues por el hecho mismo de salirse o contrariar la voluntad de Dios en un aspecto (el de su ordenación positiva al bien) *cae inexorablemente en otro aspecto de esa misma voluntad divina*, o sea, en el de su justicia punitiva que ordena el justo castigo del pecador. Podemos imaginar que Dios tiene dos manos: en la de la derecha, zona del bien, están los decretos de su voluntad *positiva* y los premios correspondientes a las buenas obras; en su mano izquierda, en cambio, tiene Dios los decretos de su voluntad *permisiva* y los castigos correspondientes a las malas obras. Cuando el pecador contraría la voluntad de Dios en un aspecto, saliéndose de la zona *positiva* del bien, cae inmediatamente en la zona de la voluntad *permisiva* de Dios al practicar el mal, y se hace *ipso facto* acreedor al correspondiente castigo; pero en ninguno de los dos casos (o sea, cuando obra el bien y cuando obra el mal) podrá salirse jamás del *orden universal* del gobierno divino, puesto que ese orden universal abarca y comprende *las dos zonas*, con la sola diferencia de que la zona del bien la quiere Dios *positivamente* y por sí misma, mientras que la zona del mal la quiere únicamente en forma *permisiva*, o sea, para obtener mayores bienes *generales* con la permisión de aquellos males particulares.

¡La divina gobernación de todas las cosas al fin universal de la creación, que es la gloria de Dios y la participación de las criaturas en su infinita bondad y felicidad! He ahí el cuarto gran

beneficio de orden natural, que debe impulsar al hombre a amar a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas. Pero vamos a examinar ahora los beneficios de orden *estrictamente sobrenatural*, que valen infinitamente más y que tienen, por lo mismo, mayor fuerza impulsora para excitarnos al amor de Dios en toda su plenitud e intensidad.

4.º LOS BENEFICIOS SOBRENATURALES EN GENERAL

Los beneficios sobrenaturales que Dios ha otorgado al hombre son inmensamente superiores a los de orden puramente natural. Hay entre ellos una diferencia *infinita*, porque infinita es la distancia que existe entre ambos órdenes. Santo Tomás no vacila en decir que «el bien sobrenatural *de un solo hombre* vale más y está por encima del bien natural de todo el universo» (1).

Vamos a recordar brevemente los principales beneficios sobrenaturales que hemos recibido de Dios considerados *en general*, reservando para el número siguiente la consideración de las gracias *particulares* que hemos recibido cada uno individualmente. Son principalmente los siguientes:

- a) La elevación al orden sobrenatural.
- b) La gracia santificante.

(1) He aquí sus propias palabras: «Bonum gratiae unius maius est quam bonum naturae totius univ[er]s[us]» (I-II 113, 9 ad 2).

c) Las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo.

d) La inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma.

e) La encarnación del Hijo de Dios y redención del mundo.

f) La Iglesia fundada por Jesucristo.

g) Los sacramentos.

Dado el corto espacio del que disponemos en esta obrita, no podemos hacer sino unas breves indicaciones en torno a estos beneficios inmensos (2).

a) La elevación al orden sobrenatural

Dios hubiera podido crear al hombre dejándole en el estado de *naturaleza pura* y asignándole un fin puramente natural, que hubiera consistido en glorificar a Dios conociéndole y amándole como autor del orden puramente natural. En ese conocimiento y amor de Dios hubiera encontrado el hombre una dicha y felicidad natural imperfecta y relativa, porque hubiera carecido de la gracia santificante y de todos los demás elementos sobrenaturales, y hubiera estado sujeto al hambre, la sed, el trabajo, la ignorancia, la concupiscencia, las enfermedades y la muerte (3).

Pero Dios no se contentó con crear al hombre

(2) El lector que quiera mayor información sobre todos ellos, la encontrará detalladísima en nuestra *Teología de la perfección cristiana*, 5.^a ed. B. A. C. (Madrid, 1968).

(3) Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In II Sent.* dist. 31 p. 1 a. 2 ad 3.

dejándole en el estado de naturaleza pura, como ha dejado a los animales, sino que, como enseña la Iglesia en el concilio Vaticano I:

«Dios, por su infinita bondad ordenó al hombre a un fin sobrenatural, es decir, a participar *bienes divinos* que sobrepujan totalmente la inteligencia de la mente humana; pues a la verdad *ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que aman*» (1 Cor. 2,9) (Denz. 1786).

El fin sobrenatural consiste en la visión y goce frutivo de la esencia misma de Dios en la eterna bienaventuranza. Lo dice expresamente la divina revelación y lo ha definido solemnemente la Iglesia. He aquí las pruebas:

a) LA SAGRADA ESCRITURA. Recogemos solamente algunos textos:

«E irán los justos a la vida eterna» (Mt. 25,46).

«Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo» (Jn. 17,3).

«Al presente, nuestro conocimiento es imperfecto, y lo mismo la profecía; cuando llegue el fin desaparecerá eso que es imperfecto... Ahora vemos por un espejo y oscuramente, entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo en parte, entonces conoceré como soy conocido» (1 Cor. 13, 9-12).

«Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a El, porque *le veremos tal cual es*». (1 Jn. 3,2).

b) EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA. Hemos reco-

gido hace un momento un texto muy expresivo del concilio Vaticano I. He aquí la definición explícita de Benedicto XII:

«Por esta Constitución, que ha de valer para siempre, por autoridad apostólica *definimos* que las almas de los bienaventurados *vieron y ven la divina esencia con visión intuitiva y facial*, sin mediación de criatura alguna que tenga razón de objeto visto, sino *por mostrárseles la divina esencia de manera inmediata y desnuda, clara y abiertamente*; y, que, viéndola así, *gozan* de la misma divina esencia, y que, por tal visión y fruición, las almas de los que salieron de este mundo son verdaderamente bienaventuradas y tienen vida y descanso eterno». (Denz. 530).

c) LA RAZÓN TEOLÓGICA. La razón humana no puede demostrar por sí misma la elevación del hombre al orden sobrenatural, puesto que esta elevación supera y trasciende infinitamente las fuerzas y exigencias de toda naturaleza creada o creable, de suerte que es propia exclusivamente de la naturaleza divina y sólo puede comunicarse a las criaturas por un favor o beneficio enteramente misericordioso y gratuito de Dios, que ninguna criatura podría reclamar jamás. Por lo mismo, la existencia de esa divina elevación del hombre al orden sobrenatural sólo podemos conocerla por la divina revelación, no por discurso o raciocinio puramente natural.

Esta elevación del hombre al orden sobrenatural es un beneficio inmenso, del que no podemos formarnos una idea cabal. La Sagrada Escritura nos dice que, por ella, el hombre ha sido elevado

a tal altura, que se aproxima muy de cerca al plano de lo divino:

«Qué es el hombre para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre para que Tú cuides de él? Y le has hecho poco menos que un Dios; le has coronado de gloria y honor. Le diste el señorío sobre las obras de tus manos, todo lo has puesto debajo de sus pies» (Sal. 8, 5-7).

b) La gracia santificante

Supuesta la elevación gratuita del hombre al fin sobrenatural, era preciso dotarle de *medios proporcionados* para alcanzar ese fin, sin los cuales hubiera resultado inútil la tal elevación ante la imposibilidad absoluta de alcanzarlo. Y Dios lo hizo así, con divina magnificencia y esplendor, al infundirle en el alma la *gracia santificante* con todo el cortejo de bienes que lleva consigo: las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo, la inhabitación trinitaria, etc.

La gracia santificante es *un don divino que nos hace hijos de Dios y herederos de la gloria*. Vamos a examinar palabra por palabra esta espléndida definición.

a) **ES UN DON DIVINO.** La gracia no es el mismo Dios —como es obvio— pero sí algo que pertenece al plano de la divinidad, mil veces por encima de todo el orden de las criaturas humanas y angélicas. Consiste formalmente en *una participación misteriosa, pero realísima, de la naturaleza misma de Dios*, que nos endiosa y diviniza de manera semejante a como el fuego pe-

netra a un hierro candente hasta transformarlo todo en sí. Nunca hubiéramos podido sospechar tamaña maravilla si no constara expresamente en la divina revelación, según aquellas palabras de San Pedro: «Y nos hizo merced de preciosas y ricas promesas para hacernos así *participes de la divina naturaleza* (2 Petr. 1,4).

Todo cuanto existe en el universo entero, incluyendo al mismo Dios, puede agruparse en seis planos de seres completamente distintos, de menor a mayor: los minerales, los vegetales, los animales, el hombre, los ángeles y Dios. Ahora bien: la gracia pertenece y está situada en el sexto plano, o sea, *en el plano de lo divino*, mil veces por encima de los otros cinco planos, incluyendo el plano angélico. La más mínima participación de la gracia santificante está mil veces por encima de todas las naturalezas angélicas habidas y por haber. Y ese mendigo andrajoso que anda pidiendo limosna por la calle, si está en gracia de Dios, es un verdadero Príncipe, incomparablemente superior a todos los reyes de la tierra y a todos los ángeles del cielo si estos reyes y estos ángeles carecieran de la gracia de Dios.

b) QUE NOS HACE HIJOS DE DIOS. Es una consecuencia lógica y natural del hecho de haber recibido una participación de la *naturaleza misma de Dios*, que eso y no otra cosa es la gracia santificante. En virtud de la gracia, Dios —que ya era nuestro Creador, por el mero hecho de habernos dado la existencia sacándonos de la nada—, se constituye y se hace nuestro verdadero *Padre* al darnos la gracia santificante. Para ser padre, no basta con ser el autor de una cosa.

El escultor que modela la estatua de su hijo en mármol, no se hace en modo alguno el padre de esa estatua, sino únicamente el *autor* de la misma. Para ser padre es preciso —necesariamente— transmitir la *propia naturaleza*, y eso es, cabalmente, lo que hace Dios al hacernos partícipes de la suya infundiéndonos la gracia santificante. ¡Dignidad altísima, que nos eleva mil veces por encima de todos los seres creados, haciéndonos entrar real y verdaderamente en la *familia misma de Dios* como verdaderos hijos suyos.

Claro que nuestra filiación divina es puramente adoptiva y no natural como es la de Jesucristo que es el Hijo natural de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad. Pero guardémosnos mucho de confundir nuestra filiación adoptiva por la gracia con las adopciones meramente humanas. Cuando una familia humana realiza el excelente acto de caridad de adoptar como hijo a un pobre niño huérfano, le da el apellido de la familia, el derecho a la herencia, etc.; pero hay una cosa que no le pueden dar en modo alguno, y es la sangre de la familia. Ese niño tiene la sangre que le dieron sus padres naturales, no la de los adoptivos. En cambio, la filiación divina que nos confiere la gracia santificante, nos hace entrar verdaderamente en la familia misma de Dios, al hacernos participantes real y verdaderamente de la propia naturaleza divina. Por eso, por la gracia nos llamamos y somos verdaderamente *hijos de Dios*, y Dios se llama y es verdaderamente nuestro *Padre* (y no solamente nuestro Creador). Lo dice expresamente el evangelista

San Juan: ¡«Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que ha querido que nos llamemos hijos de Dios y *que lo seamos de verdad!*» (I Jn. 3,11). Y San Pablo escribe a los fieles romanos:

«No habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo» (Rom. 8, 15-17).

c) Y HEREDEROS DE LA GLORIA. Es una consecuencia necesaria de nuestra filiación divina adoptiva: la herencia es para los hijos. Lo dice expresamente San Pablo: «*Si hijos, también herederos*» (Rom. 8,17).

Pero ¡cuán diferente es, también por este capítulo, la filiación divina de la gracia de las filiaciones puramente humanas o legales! Entre los hombres, los hijos no heredan sino cuando muere el padre, y tanto menor es la herencia cuantos más son los herederos. Pero nuestro Padre del cielo vivirá eternamente, y con Él poseeremos una herencia tal, que, a pesar del número grandísimo de los participantes, no experimentará jamás ninguna mengua o disminución. Porque esta herencia, al menos en el principal de sus aspectos, es *rigurosamente infinita*: es el mismo Dios, uno en esencia y trino en personas. La visión beatífica y el goce frutivo de Dios que lleva consigo, tal es la parte principal de la herencia que corresponde por la gracia a los hijos adoptivos de Dios. Se les comunicarán, después de esto,

todas las riquezas de la divinidad, todo lo que constituye la felicidad misma de Dios y le proporciona un goce indescriptible: son las perfecciones infinitas, inagotables, de la divinidad. Finalmente, Dios pondrá a nuestra disposición todos sus bienes exteriores: su honor, su gloria, sus dominios, su realeza. Todo esto proporcionará al alma bienaventurada una felicidad y dicha inexplicables, que colmará plenamente, en abundancia rebosante, todas sus aspiraciones y deseos. Y todo ello lo recibirá el alma como herencia debida, a título de justicia. La gracia es un don de Dios enteramente gratuito, como ya vimos; pero, una vez poseída por el alma, nos da la capacidad de *merecer el cielo* a título de justicia. La gracia y la gloria están situadas en el mismo plano, son substancialmente la misma vida. No hay entre ellas más que una diferencia de grado: es la misma vida en estado inicial o en estado consumado. El niño no difiere específicamente del hombre maduro: es un adulto en germen. Eso mismo ocurre con la gracia y con la gloria. Por eso pudo escribir Santo Tomás: «La gracia no es otra cosa que un comienzo de la gloria en nosotros» (4).

c) Las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo

La gracia santificante, como acabamos de ver, nos eleva al plano de lo divino, dándonos una participación física y formal de la misma natu-

(4) II-II 24, 3 ad 2.

raleza divina. Ella es el principio y fundamento de nuestra vida sobrenatural y la que nos hace verdaderamente hijos de Dios.

Pero hay que advertir que la gracia santificante no es inmediatamente operativa por sí misma. Se nos da en el orden del *ser*, no en el de la *operación*. Diviniza la esencia misma de nuestra alma, como el fuego transforma en sí al hierro incandescente; pero se limita únicamente a eso. La gracia no obra, no hace nada por sí misma. Se trata, en el lenguaje teológico, de un hábito *entitativo*, no *operativo*. Nos da la *vida* sobrenatural, pero no la *operación* sobrenatural.

Y, sin embargo, la vida cristiana tiene que crecer y desarrollarse en nosotros a base de actos sobrenaturales. Sin ellos permanecería estática e inmóvil, con una existencia precaria, que se parecería mucho a la muerte. La vida se manifiesta por el movimiento y la acción.

Dios lo ha previsto todo, y ha dotado al alma en gracia de todos los elementos necesarios para que pueda realizar los actos sobrenaturales correspondientes a la vida sobrenatural, cuyo principio básico y estático es la misma gracia santificante. Juntamente con ella, Dios infunde siempre en el alma una serie de *energías sobrenaturales* —llamadas en teología virtudes o *hábitos operativos*— capaces de producir los actos sobrenaturales correspondientes a esa vida divina. Tales son las *virtudes infusas* y los *dones del Espíritu Santo*, a los que hay que añadir el influjo de la *gracia actual* que los pone sobrenaturalmente en movimiento. Estas son las nuevas realida-

des que vamos a exponer brevísimamente a continuación (5).

1. LAS VIRTUDES SOBRENATURALES O INFUSAS. Como acabamos de indicar, las virtudes sobrenaturales o *infusas* —llamadas así porque Dios las *infunde*, juntamente con la gracia santificante, en el momento mismo de la justificación del alma por el bautismo o la penitencia— son unos hábitos operativos o energías sobrenaturales que Dios infunde en las potencias del alma para disponerlas a obrar según el dictamen de la razón iluminada por la fe y bajo el impulso de una gracia actual.

Las virtudes infusas son muchas —más de cincuenta estudia Santo Tomás en la *Suma Teológica*— pero pueden catalogarse en dos grupos fundamentales: *teologales* y *morales*. Las teologales —que son, con mucho, las más perfectas, puesto que tienen por objeto directo e inmediato al mismo Dios, son únicamente tres: fe, esperanza y caridad. Y las morales —que se refieren directamente, no al mismo Dios, sino a los actos humanos relativos a los *medios* conducentes al fin sobrenatural— se subdividen en dos grupos: las *cardinales*, que son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y las *derivadas de ellas*, que son muchas: v.gr. religión, piedad, obediencia, paciencia, humildad, castidad, magnanimidad, etc., etc. Todas ellas constituyen un tesoro riquísimo que el alma fiel debe explotar con-

(5) Puede verse una exposición amplísima de las virtudes y dones del Espíritu Santo en nuestra *Teología de la perfección cristiana*, edición ya citada.

tinuamente, bajo el influjo de una gracia actual que Dios pone continuamente a su disposición, para ir desarrollando y perfeccionando su caudal de gracia santificante hasta llegar a la plena perfección cristiana o verdadera santidad a la que todos estamos llamados.

2. LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO. Los dones del Espíritu Santo son «hábitos operativos infundidos por Dios en las potencias del alma para recibir y secundar con facilidad las mociones del propio Espíritu Santo».

Tienen por objeto acudir en ayuda de las virtudes infusas en casos imprevistos y graves en los que el alma no podría echar mano del discurso lento y pesado de la razón (véase, ante una tentación repentina y violentísima en la que el pecado o la victoria es cuestión de un segundo) y, sobre todo, para *perfeccionar* los actos de las virtudes infusas dándoles la *modalidad divina* propia de los dones, inmensamente superior a la atmósfera o *modo humano* a que tienen que someterse cuando las controla y regula la simple razón natural iluminada por la fe.

Podríamos comparar las virtudes infusas a un *arpa sobrenatural*, con más de cincuenta cuerdas, que Dios entrega al alma en gracia para que la pulse y saque de ella divinas armonías (los actos sobrenaturales); pero como el artista que la maneja —la propia razón natural— es muy torpe y miope aún bajo las luces de la fe, resulta una melodía pobre, desafinada e imperfecta (se practica la virtud «hasta cierto punto», «con tal que no me exijan demasiado», etc.). Hasta que llega un momento en que el propio Espíritu Santo pulsa el arpa de las

virtudes infusas a través de los dones del mismo Espíritu Santo, y entonces sale del alma una melodía bellísima, absolutamente *divina*, que no es otra cosa que los actos de virtud perfecta y heroica de los verdaderos santos. Entonces es cuando el cristiano comienza a vivir en toda su plenitud su filiación divina adoptiva, como dice expresamente el apóstol San Pablo en su carta a los Romanos: «Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios» (Rom. 8, 14). ¡Una verdadera maravilla!

Veamos ahora muy brevemente la función específica de cada uno de los siete dones enumerados por el profeta Isaías (Is. 11, 1-3): sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, piedad, fortaleza y temor de Dios. Cada uno de ellos tiene por misión directa y específica la perfección de alguna de las siete virtudes fundamentales (las tres teológicas y las cuatro cardinales) y, a través de ellas, influyen en todas las demás virtudes derivadas de aquellas y en todo el conjunto de la vida cristiana.

a) *El don de sabiduría* perfecciona maravillosamente la virtud de la *caridad* —la más importante de todas— dándole a respirar el aire o modalidad divina que reclama y exige por su propia condición de virtud teológica perfectísima. A su divino influjo, las almas aman a Dios con amor intensísimo, por cierta connaturalidad con las cosas divinas, que las hunde, por decirlo así, en las profundidades insondables del misterio trinitario. Todo lo ven a través de Dios y todo lo juzgan por razones divinas, con sentido de eternidad, como si hubieran traspasado ya las fronteras del más allá. Han perdido por completo el instinto de lo humano y se mueven únicamente

por cierto instinto sobrenatural y divino. Nada ni nadie puede turbar la paz inefable de que gozan en la íntimo de su alma: las desgracias, enfermedades, persecuciones y calumnias, etc. las dejan por completo «inmóviles y tranquilas como si estuvieran ya en la eternidad» (Sor Isabel de la Trinidad). No les importa ni afecta nada de cuanto ocurra en este mundo, a no ser que esté relacionado con la gloria de Dios, que es su única preocupación y anhelo. Han comenzado ya su vida de eternidad. Algo de esto quería decir San Pablo cuando escribió en su carta a los filipenses: «Porque somos ciudadanos del cielo...» (Flp. 3, 20).

b) *El don de entendimiento* perfecciona la virtud de la *fe*, dándole una penetración profundísima de los grandes misterios sobrenaturales. La inhabitación trinitaria, el misterio de la redención, de nuestra incorporación a Cristo, la santidad de María, el valor infinito de la santa misa y otros misterios semejantes adquieren, bajo la iluminación del don de entendimiento, una fuerza y eficacia santificadora verdaderamente extraordinaria. Estas almas viven obsesionadas por las cosas de Dios, que sienten y viven con la máxima intensidad que puede dar de sí un alma peregrina todavía sobre la tierra.

c) *El don de ciencia* perfecciona, en otro aspecto, la misma virtud de la *fe*, enseñándola a juzgar rectamente de las cosas creadas, viendo en todas ellas la huella o el vestigio de Dios, que pregonan su hermosura y su bondad inefables. El alma de San Francisco de Asís, iluminada por las claridades divinas de este don, veía en todas las criaturas a hermanos suyos en Cristo, incluso en los seres irracionales o inanimados: el hermano lobo, la hermana flor, la hermana fuente, el hermano sol, la hermana muerte... El mundo tiene por insensatez y locura lo que es sublime sabiduría ante Dios. Es la «ciencia de los santos», que será siempre incomprendida por la increíble estulticia e insensatez del mundo (Cfr. 1 Cor. 3,9).

los mejores y en la práctica llamada y heroica de las

d) *El don de consejo* presta magníficos servicios a la virtud de la *prudencia*, no sólo en las grandes determinaciones que marcan la orientación de toda una vida (vocación, elección de estado, etc.), sino hasta en los más pequeños detalles de una vida en apariencia monótona y sin transcendencia alguna. Son corazonadas, golpes de vista intuitivos, cuyo acierto y oportunidad se encargan más tarde de descubrir los acontecimientos. Para el gobierno de nuestros propios actos y el recto desempeño de cargos directivos y de responsabilidad, el don de consejo es de un precio y valor incalculables.

e) *El don de piedad* perfecciona la virtud de la *justicia*, una de cuyas virtudes derivadas es precisamente la *piedad*. Tiene por objeto excitar en la voluntad, por instinto del Espíritu Santo, un afecto filial hacia Dios considerado como Padre amantísimo, y un sentimiento profundo de fraternidad universal para con todos los hombres en cuanto hermanos nuestros e hijos del mismo Padre que está en los cielos. Las almas dominadas por el don de piedad experimentan una ternura inmensa al sentirse hijas de Dios, y su plegaria favorita es el *Padre nuestro*, que llenaba de inmensa ternura a Santa Teresita del Niño Jesús. Viven enteramente abandonadas a su amor y sienten también una ternura especial hacia la Virgen María, su dulce madre; hacia el Papa., «el dulce Cristo en la tierra» (Santa Catalina de Siena); hacia la Iglesia y hacia todas las personas en las que brilla un destello de la divina paternidad: el superior, el sacerdote...

f) *El don de fortaleza* refuerza increíblemente la virtud del mismo nombre, haciéndola llegar al heroísmo más perfecto en sus dos aspectos fundamentales: *resistencia* y aguante frente a toda clase de ataques y peligros, y *acometida* valiente y viril del cumplimiento del deber a pesar de todas las dificultades. El don de fortaleza brilla en la frente de los mártires, de los grandes hé-

virtudes de la vida cristiana ordinaria, que constituyen el «heroísmo de lo pequeño» y una especie de «martirio a alfilerazos», con frecuencia más difícil y penoso que el heroísmo de lo grande y el martirio en los dientes de las fieras.

g) *En don de temor de Dios*, en fin, perfecciona dos virtudes: la virtud teologal de la *esperanza*, en cuanto que nos arranca de raíz el pecado de presunción, que se opone directamente a ella por exceso, y nos hace apoyar únicamente en el auxilio omnipotente de Dios, que es el motivo formal de la esperanza. Secundariamente, perfecciona también la virtud cardinal de la *templanza*, ya que no hay nada tan eficaz para frenar el apetito desordenado de placeres como el temor a los divinos castigos. Los santos temblaban ante la posibilidad del menor pecado, porque el don de temor les hacía ver con claridad la grandeza y majestad de Dios, por un lado, y la vileza y degradación del pecado, por otro. A Santa Teresa de Jesús se le «espeluznaban los cabellos» cuando pensaba en la grandeza y majestad de Dios, ofendida por nuestros pecados.

Tal es la inconcebible riqueza que el alma en gracia posee con las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo. Con estos principios sobrenaturales de operación, el hijo adoptivo de Dios está capacitado para tender sobrenaturalmente a su último fin; pero para realizar de hecho algún acto sobrenatural necesita en cada caso la *previa moción divina*, sin la cual ninguna causa segunda puede realizar su propia operación (dejaría de ser causa *segunda* para convertirse en *primera*, lo que es imposible y contradictorio, ya que la única causa Primera que existe es exclusivamen-

te el mismo Dios). Esa previa moción divina sobrenatural recibe el nombre de *gracia actual* y es un efecto de la divina voluntad que mueve al hombre sobrenaturalmente, como la corriente eléctrica mueve a una maquinaria que, sin esa corriente, permanecería completamente inerte y paralizada. La gracia actual se obtiene de Dios por vía de oración humilde y perseverante, y «Dios no la niega jamás al que hace lo que puede y pide lo que no puede», como declaró expresamente el santo concilio de Trento (cf. Denz 804).

d) La inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma

La gracia santificante, al darnos una participación física, verdadera y real de la naturaleza misma de Dios, constituye un tesoro tan grande que la más mínima participación de la misma vale más y está mil veces por encima de toda la creación universal, incluyendo a los mismos ángeles. Pero la infinita bondad y liberalidad de Dios ha querido ir mucho más lejos todavía. No se conforma con darnos una *participación* de su propia naturaleza divina, sino que ha querido hacerse Él mismo nuestro dulce huésped, viniendo a morar, Uno y Trino, en lo más íntimo de nuestra propia alma. No podríamos creer semejante maravilla si no constara clara y expresamente en la divina revelación. Recordemos algunos de los testimonios más insignes:

«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre

le amará, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada» (Jn. 14, 23).

«Dios es caridad, y el que vive en caridad permanece en Dios y Dios con él» (1 Jn. 4, 16).

«¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?» (1 Cor. 3, 16).

«¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis?» (1 Cor. 6, 19).

«Pues vosotros sois templo de Dios vivo» (2 Cor. 6, 16).

«Guarda el buen depósito por la virtud del Espíritu Santo, que mora en nosotros» (2 Tim. 1, 14).

Ahora bien: ¿en qué se distingue la presencia de Dios por la divina inhabitación de la que Dios tiene en todas las cosas por *esencia*, *presencia* y *potencia* en virtud de su inmensidad que lo llena todo?

La diferencia es muy grande. Por su inmensidad —como ya dijimos más arriba— Dios está íntimamente presente en todas las cosas, incluso en una piedra, en una flor, en un animal, en un alma en pecado mortal y hasta en el mismísimo demonio, que existe precisamente porque Dios está en él dándole y conservándole el ser. Si Dios se retirara de cualquier ser, inmediatamente ese ser quedaría aniquilado, como la lámpara eléctrica se apaga instantáneamente en el momento mismo en que la fábrica de electricidad deja de enviarle el fluido eléctrico.

Ahora bien: en todas estas cosas que acabamos de nombrar, Dios está presente como *Creador*, pero no como *Padre* o como *Amigo*. Sería ridículo pensar que Dios es padre o amigo de una pie-

dra, de una flor, de un pecador en pecado mortal o del mismísimo demonio. Sólo es Padre y Amigo de los que están *en gracia de Dios*, o sea, de los que han recibido una verdadera y real participación de la naturaleza divina, que eso precisamente es la gracia. Por eso la gracia santificante lleva siempre consigo la presencia amorosísima de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad, que moran en el alma como en un verdadero Templo en el que encuentran sus delicias (cf. Prov. 8,31) haciéndola participar de los más entrañables misterios de su vida íntima. Dentro del alma justificada por la gracia, el Padre engendra a su Hijo y de ambos a la vez procede la persona divina del Espíritu Santo. Si el alma es enteramente fiel y logra escalar las grandes alturas de la unión mística con Dios, experimenta con deleites inefables el misterio adorable de la divina inhabitación. Escuchemos la admirable descripción del insigne Doctor Místico San Juan de la Cruz:

«Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta, que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella *por modo participado*. Porque dado que Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad, en que *el alma se hace deiforme y Dios por participación*, ¿qué increíble cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, o, por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella como la misma Trinidad? Pero por modo comunicado y participado, *obrándolo Dios en la misma alma*; porque esto es estar transformada en las tres personas en potencia y sabiduría y amor, y en esto es se-

mejante el alma a Dios, y para que pudiese venir a esto la crió a su imagen y semejanza...» (6).

Tal es la inconcebible altura a que las almas fieles a la gracia pueden elevarse aun en esta pobre vida. Dios, inhabitando amorosamente en ellas como Padre y como Amigo, las asocia íntimamente a su propia vida íntima en la generación eterna del Verbo y en la procesión del Espíritu Santo, en medio de deleites inefables. Nada tiene de extraño que San Juan de la Cruz —que experimentó en sí mismo tales maravillas— escriba con acentos entrañables:

¡Oh, almas criadas para estas grandezas y para *ellas llamadas!*, ¿qué hacéis? ¿En qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh, miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que en tanto que buscáis grandezas y gloria os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!» (7).

e) La encarnación del Hijo de Dios y Redención del mundo

Magnífico era el plan de Dios elevando al hombre al orden sobrenatural y señalándole como fin último la visión y el goce frutivo de su propia divina esencia. El estado de *justicia original* comportaba, además de los dones sobrenaturales que

(6) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canción 39, núm. 4.

(7) SAN JUAN DE LA CRUZ, *id. id.*, n. 7.

acabamos de recordar, una serie magnífica de privilegios preternaturales, entre los que destacaban tres: el de *integridad*, en virtud del cual el hombre poseía el pleno control y dominio sobre sus pasiones; el de *impasibilidad*, que le hacía invulnerable al dolor o sufrimiento en cualquiera de sus manifestaciones físicas o morales; y el de *inmortalidad*, en virtud del cual, después de una permanencia más o menos larga en el paraíso terrenal, hubiera sido trasladado al cielo sin pasar por el trance angustioso de la muerte. Todos estos dones y privilegios hubieran sido transmitidos a todos los descendientes de Adán y Eva por vía de generación natural.

Pero el hombre, seducido por la mujer y ésta por el enemigo infernal disfrazado de serpiente, conculcó voluntariamente el precepto divino. Sobrevino la catástrofe del pecado original y con él la pérdida de todos aquellos dones y privilegios para la humanidad entera, que estaba ya contenida en germen y había de brotar, como de su fuente, de aquel manantial contaminado por la culpa:

«Así, pues, por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado, la muerte; y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado» (Rom. 5, 12).

La catástrofe, humanamente hablando no tenía remedio posible. En virtud de la distancia infinita que separa al hombre de Dios, la humanidad era absolutamente impotente para reparar la deuda contraída por el pecado y restablecer de

nuevo su amistad sobrenatural con Dios. Pero Dios, en su infinita misericordia, decretó la encarnación del Verbo con finalidad redentora (8). El Verbo de Dios, la segunda persona de la Santísima Trinidad, tomaría carne humana, se haría hombre. Y al reunir bajo una sola personalidad divina las dos naturalezas, divina y humana, podría en cuanto hombre —nuevo Adán—, sufrir en representación de la humanidad entera, y, en cuanto Dios, podría ofrecer al Padre un sacrificio de valor infinito, muy superior, de suyo, a la deuda contraída por la humanidad pecadora. Por eso dice San Pablo que «donde abundó el pecado, sobreabundó, la gracia» (Rom. 5,20). Y la Iglesia se atreve a decir en la liturgia pascual: «¡Oh ciertamente necesario pecado de Adán, que por la muerte de Cristo fue borrado! ¡Oh feliz culpa, que mereció tener tan grande Redentor!»

Este beneficio de la Redención es la manifestación más impresionante del amor de Dios a los hombres. Y es de tal magnitud que si no constara de manera tan clara e inequívoca en la divina revelación, constituyendo el primero y el más grande de los dogmas de la fe cristiana, no podríamos creerlo. ¿Qué hombre de sano juicio hubiera podido imaginar jamás que un poderoso emperador entregara a la muerte con crueles suplicios a su único hijo, el príncipe heredero, para salvar la vida a sus súbditos perversos e ingratos? Pues eso y mucho más es lo que hizo Dios

(8) Lo recordamos en el Credo de la misa: «Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió del cielo» (cf. III, I, 2-3).

en favor del hombre pecador *precisamente cuando era todavía pecador*, como recuerda maravillado San Pablo; «Dios probó su amor hacia nosotros en que, *siendo pecadores*, murió Cristo por nosotros» (Rom. 5, 6-8). Y San Juan exclama, también lleno de estupor: «Tanto amó Dios al mundo, que le dio su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna» (Jn. 3,16). Y la santa Iglesia, en la liturgia del Sábado Santo, exclama: «De nada nos sirviera haber nacido si Él no nos hubiera redimido. ¡Oh admirable efusión de tu piedad hacia nosotros! ¡Oh inestimable amor de caridad! ¡Entregaste al Hijo para redimir al esclavo!»

Diez son, según el Doctor Angélico (9), las principales ventajas o utilidades que trajo al mundo la encarnación del Verbo, cinco de las cuales se ordenan a promovernos al bien, y las otras cinco a apartarnos del mal. Helas aquí:

a) EN ORDEN A PROMOVERNOS AL BIEN:

1.^a Nos aseguró firmemente en la *fe*, que se certifica más y más por el hecho de creer al mismo Dios encarnado que nos habla por sí mismo y ya no por los profetas.

2.^a Nos confirmó en la *esperanza*, al poner tan claramente de manifiesto la infinita misericordia de Dios para con el hombre pecador.

3.^a Nos inflamó en la *caridad*, que encuentra su mayor excitante en la contemplación de un

(9) Cf. III, 1, 2.

Dios encarnado y crucificado por nuestro amor.

4.^a Nos dio ejemplo sublime de todas las virtudes en la persona adorable de Jesucristo.

5.^a Nos dio la máxima participación de su divinidad a través de la humanidad de Cristo: «Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciera Dios» (San Agustín).

b) EN ORDEN A APARTARNOS DEL MAL:

1.^a Nos libró de la esclavitud del demonio, bajo cuyo tiránico poder gemía la humanidad pecadora.

2.^a Nos enseña la dignidad de la naturaleza humana santificada por el Verbo, y con ello la necesidad de no profanarla por el pecado: «Reconoce, cristiano, tu dignidad; y, hecho partícipe de la divina naturaleza, no quieras volver a la vileza de tu antigua condición» (San León).

3.^a Nos quita la presunción, fuente de muchos pecados; porque la encarnación del Verbo se hizo sin ningún mérito nuestro, sino a pesar de nuestros pecados.

4.^a Nos quita la soberbia, origen de todos los pecados; porque el Verbo encarnado, Jesucristo, nos dio el más sublime ejemplo de humildad que jamás vieron los hombres; «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt. 11,29).

5.^a Nos liberó totalmente del pecado, al satisfacer Cristo por nosotros y aplicarnos a cada uno el fruto de su redención.

Como se ve, el beneficio de la encarnación del Verbo y la redención del género humano escapa en absoluto a toda ponderación. Llenó al mundo

de bienes y destruyó todos los males que pueden apartar al hombre del fin sobrenatural, que es su eterna bienaventuranza.

f) La iglesia fundada por Jesucristo

Otro de los más grandes beneficios sobrenaturales que hemos recibido de Dios fue la fundación de la Iglesia por Jesucristo y su dilatación por el mundo entero.

Cristo fundó su Iglesia con la misión de continuar a través de los siglos su obra redentora mediante la *predicación* de la divina palabra, la *administración de los sacramentos* y el *gobierno* de los fieles cristianos. De ahí su triple potestad de *magisterio*, de *orden* y de *jurisdicción* recibidas directamente de Cristo (cf. Mt. 28, 18-20; Mc. 16,16).

La Iglesia católica, apostólica y romana es la verdadera Iglesia fundada por Jesucristo. Escuchemos al concilio Vaticano II recordando egregiamente esta verdad fundamental (10):

«Esta es la *única Iglesia de Cristo*, que en el Símbolo confesamos como una, santa, católica y apostólica, y que nuestro Salvador, después de su resurrección, encomendó a Pedro para que la apacentara (cf. Jn. 21,17), confiándole a él y a los demás Apóstoles su difusión y gobierno (cf. Mt. 28, 18ss) y la erigió perpetuamente como *columna y fundamento de la verdad* (cf. 1 Tim. 3,15).

(10) CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 8.